

El coleccionista de estrellas



J. Alfredo Díaz G.

El coleccionista de estrellas

El coleccionista de estrellas

J. Alfredo Díaz García

Copyright © 2003 Jesús Alfredo Díaz García

All rights reserved.

© El coleccionista de estrellas.

Esta obra, escrita en abril de 1977 en Puerto Cabello, Venezuela, es parte de la colección de siete cuentos titulada: *Los siete viejos sacudidos del tiempo*.

Colección El Guardián Del Faro.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Diseño de portada: J. Alfredo Díaz G.

Los hechos narrados en este cuento son totalmente imaginarios. Cualquier similitud o coincidencia con situaciones reales será simple casualidad.

Queda prohibida, salvo cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Cuento de ficción con orientación infantil.

Contenido

Sinopsis	13
Introducción	15
CAPÍTULO 1	17
CAPÍTULO 2	23
CAPÍTULO 3	37
CAPÍTULO 4	43
Final	47

Al niño que todos llevamos dentro.

Sinopsis

En la noche de su quinto cumpleaños, a la orilla de la playa, un niño vive una fantástica e inolvidable experiencia con un ser llegado de las estrellas, situación que se convierte en una prueba trascendental para él.

El ser venido de las estrellas pretende reducir de tamaño a la Tierra, para llevársela y agregarla a su colección de mundos en un museo galáctico. Esa acción significaría la desaparición de toda la vida sobre el planeta, a menos que un blanco pensamiento lleno de pureza lo impida.

¿Cómo un niño que acaba de cumplir cinco años podría ser capaz de evitar aquello?

Introducción

La fiesta de su sexto cumpleaños había terminado hacía horas. Su abuelo lo había llevado a la habitación y le pidió que se durmiera, pero él todavía estaba algo alterado y no podía.

Asomado a la ventana de su dormitorio, él daba una nueva mirada de complacencia al oscuro cielo, completamente lleno de estrellas rutilantes.

Pensaba en lo ansioso que había estado toda la mañana, por la fiesta de cumpleaños que le habían preparado para la tarde, anticipando la hora de romper la piñata y abrir los regalos. Pero muy lejos estuvo de imaginarse que, precisamente esa noche, él y toda la humanidad se encontrarían a punto de desaparecer de la faz de la Tierra, por completo. Lo peor era que nadie, absolutamente nadie más que él lo sabría nunca.

Quizás algún día se decidiría a contarlo a sus nietos, si aún la Tierra existía para entonces. Él estaba seguro de que los hechos ocurridos jamás los podría olvidar, pero prefería recordarlos, una vez más, para estar seguro.

CAPÍTULO 1

Hacía ya rato que las gaviotas y alcatraces más renuentes regresaron del mar. Como cada atardecer, en el epílogo de su danza aérea, la última nube de cientos de golondrinas había realizado su picado sorprendente, cayendo a gran velocidad y apretado montón hacia los techos de las casas. En un santiamén todas desaparecieron bajo los aleros, vigas, estructuras y cualquiera de las oquedades que les servían de nocturno cobijo.

Era una espléndida noche, no había la menor duda. Ya el atardecer la había anunciado así, con un sol inmenso y rojizo como una yema de huevo marrón, que incendió el horizonte y las nubes cercanas, hasta tocar la superficie del mar.

Él observaba extasiado desde la terraza. Casi creyó oír el chisporroteo que el sol hizo al mojarse, como cuando su mamá metía una sartén caliente bajo el chorro de agua fría en el fregadero. Permaneció observando hasta que el último pedacito del sol desapareció por completo, fusionándose consigo mismo en el espejo del mar, pareciendo derretirse.

Esta vez, sin embargo, él no pudo ver el rayito verde. Porque al hundirse el último pedacito de sol en las azules aguas del mar, salía un rayito verde. Era como un grito que se le escapara al sol, quizás de escalofríos. Pero no siempre se veía.

A él le fascinaban los atardeceres muy cromáticos, como lo había sido aquel, porque las noches que los sucedían solían ser singularmente hermosas, y aquella no sería la excepción.

Para su gusto, las noches eran más hermosas cuanto más grande era la luna. A él le encantaba una luna llena, grande y sonriente. Parecía, no la propia luna, sino el mismísimo sol que saliese del agua por el horizonte opuesto, ya refrescado su ardor por el baño nocturno, antes de acostarse, después de todo un día de caminar por el cielo y alumbrar. Porque el sol también dormía, toda la naturaleza dormía en algún momento.

A él le gustaba irse a la cama tarde, cosa que raramente le dejaban hacer, como no fuera los viernes y los sábados o durante las vacaciones escolares. Pero no le agradaba tener que ducharse antes. Eso de la ducha rápida no iba con él. Prefería un baño con agua templada, en la bañera, y que lo dejaran chapotear a su antojo, ponerse la máscara de buceo y el tubo de respirar, y jugar con sus barquitos.

¡Qué noche tan hermosa! ¡Las estrellas brillaban radiantes! Pero de todas ellas, era aquella de allá la que más le atraía. Su hermano mayor, el marino, decía que se llamaba Venus, sin embargo él prefería llamarla «Ojitos», porque titilaba de una forma tan descarada que parecía un ojo guiñando con picardía. Además, siempre era la primera que salía al anochecer y la última en desaparecer por la mañana.

En ocasiones él pensaba que sería muy hermoso poder subir al cielo, para recoger todas las estrellas que le agradaban. Las coleccionaría en su habitación, junto con todas las conchitas y caracolutos que recolectaba en las playas. Él sentía particular ternura por las cosas pequeñas del cielo, porque le parecía que estaban solas y desamparadas.

Mucho le gustaba pasar los fines de semana allí, junto a la playa, en la casa de sus abuelos en aquel tranquilo pueblo. Porque en la ciudad nunca se podían ver bien las estrellas,

ya que el cielo nocturno solía encontrarse empañado por el reflejo de las luces y la contaminación. Era el humo de las fábricas y los gases de los escapes de los automóviles; al menos esos eran los motivos que explicaban en la escuela.

¿Por qué habría tantos automóviles? Él prefería los caballos. Ellos lo querían y se alegraban al verlo. Le hubiera gustado vivir en la época en que aún no habían inventado los autos. Estos no se alegraban de nada, pues las máquinas no tienen sentimientos. Además chocaban contra otros automóviles y la gente se hería y moría. Los caballos no eran tontos. Un jinete se podía caer de ellos por no saber montar bien, pero se podía hablar con los caballos al igual que con los perros, con los gatos y los pajaritos. También con las lagartijas y las mariposas. Él no se explicaba cómo los adultos no podían entenderlas.

Con los automóviles era imposible hablar, aunque había visto algunos conductores que parecían hacerlo. Además se podía llegar una mañana al potrero y encontrarse con un lindo caballito recién nacido, ya de pie junto a su madre. Pero no sucedía lo mismo con los autos, que son hechos por los hombres. ¡Entonces los hombres hacen cosas tontas que no sienten, y con las que tienen accidentes y se matan! Definitivamente, él no entendía a los adultos. Esperaba poder hacerlo cuando él mismo creciera, ya que siempre le decían, pontificando: «Cuando seas adulto entenderás».

La noche vive y siente, toda la naturaleza siente y palpita como un corazón, solo que los mayores ya no sabían oírlo latir. ¡Le aterraba pensar que a él le pudiera suceder lo mismo cuando creciera!

La noche se estaba poniendo más y más bonita. La luna ascendía a mayor altura cada atardecer. Él la prefería cuan-

do salía temprano, porque a veces salía tarde y a él lo mandaban a dormir, por lo que no podía verla surgir de su baño nocturno para proseguir su eterno caminar, subiendo y subiendo para luego volver a bajar por el otro lado.

Los niños tienen que dormir temprano, para que crezcan grandes, grandes.

Era lo que siempre le decían.

Pero él ya no era un niño. Ese día acababa de cumplir seis años y todos sus familiares festejaban. Él ya era un hombrecito. Los niños eran aquellos como su primita, que solo tenía tres años y le asustaba la oscuridad de la noche. Pero él ya no era un niño. Dentro de su cuerpo él tenía un viejito al que, de reojo, había sorprendido varias veces reflejado en el espejo; un viejito que lo quería mucho y le hablaba. Por eso nunca se sentía solo en ninguna parte.

Pero después de todo ¿para qué querría él ser más grande? ¡A ver si luego le pasaba como a Felipe!, su vecino de apartamento allá en la ciudad, quien era tan alto como un armario. Decían que medía más de dos metros. ¿Y para qué? ¡Para no caber en la cama! Ni tampoco cabía en su pequeño automóvil. Si Felipe tuviera un caballo no importaría, pero tenía un tonto auto pequeñito. El no quería ser grande grande. Se conformaba solamente con ser tan alto como su papá, que era un palo de hombre, según decía el abuelito.

La luna llena de esa noche reflejaba tanta luz que, desde la terraza, abajo en la playa podían verse claramente los cocoteros y los botes de los pescadores. Incluso algunas redes de pesca extendidas secando a la brisa de la noche.

Se fijó en que la luna tenía unas manchitas rojas. ¡A lo peor le dio sarampión! A él no le había dado por que lo

vacunaron de muy pequeño, pero a su papá sí. Él le había contado que, cuando era un niño, todavía no habían inventado esa vacuna y se puso muy enfermo.

¿Les daría sarampión a las estrellas? La luna y el sol eran grandes, pero las estrellas eran tan chiquititas... Le gustaría tener alguna en su habitación, junto a las caracolas de mar.

Algo con forma de una pequeña gota de agua, con chisporroteos luminosos, cruzaba el cielo en ese momento a gran velocidad. ¿Sería una estrella fugaz? Su hermano decía que eran aerolitos. ¿O habría dicho meteoritos? ¡Qué rabia! Él siempre se confundía con esos nombres. Porque su hermano estaba empeñado en que él fuera aprendiendo los nombres de los cuerpos celestes. También había que pedir un deseo cuando se viera caer una estrella fugaz. Eso se lo había dicho su abuelito. Pero el deseo pedido no se podía contar a nadie, ese era el detalle, de lo contrario no se cumpliría.

Sin embargo, mirando bien, le pareció que había algo diferente en aquella móvil luz. No podía ser una estrella fugaz, porque esas pasaban rapidísimo, cruzando el horizonte en un instante, siendo apenas un puntito lejano que dejaba un trazo luminoso. Pero esta otra era mucho más lenta. Daba la impresión de que se viniera acercando hacia el pueblo, disminuyendo la velocidad. ¡Oh, qué bueno sería si cayera por allí cerca! Entonces él podría tener, al fin, su propia estrellita fugaz.

La luz en forma de gota era ya casi tan grande y brillante como la propia luna y, definitivamente, se estaba acercando, ya no le cabían dudas. ¡Si la ponía en su habitación no necesitaría prender la luz! ¡Todos sus amigos vendrían a verla! Él no sabía de nadie que tuviera una estrella en su

dormitorio. ¡Ahí va! ¡Cayó por la playa, detrás de los cocoteros! ¡Ha de ser enorme!

Él tenía que ir a buscarla sin que nadie lo viera. Nunca se sabía lo que podrían opinar los adultos. Quizás hasta se antojasen de que era peligrosa o cualquier otra cosa. O simplemente les pareciera que no estaba bien agarrarla. Porque nada de lo que los niños hacen sin consultar parecía estar bien.

Sin pensarlo dos veces, asegurándose de no ser visto, rápidamente y en silencio él saltó por sobre la baranda de la terraza. Bajó por el caminito que descendía de la colina pasando por detrás del tranquilo pueblo. Corrió entre los cocoteros sorteando arbustos. No había peligro de tropezar, de tan clara que estaba la noche por el resplandor de la luna llena. Además aquel recorrido lo hacía él tantas veces, que ya se conocía la ubicación de la más mínima piedra y raíz sobre el suelo.

Disminuía el resplandor que provenía del lugar por donde pareció haber caído la estrella. Quizás por haber llegado al suelo se estuviera apagando poco a poco, pensaba él mientras continuaba corriendo. Dobló unos arbustos y se detuvo sorprendido.



CAPÍTULO 2

No vio estrella alguna por todo aquello, ni grande ni pequeña. Solamente había una persona allí de pie, inmóvil, dándole la espalda. De su cuerpo emanaba una luminosidad, un brillo como el de la estrella que había visto caer. ¿Acaso aquel desconocido había llegado primero y la agarró? ¿Pero de dónde había salido él?

Mientras lo observaba en silencio, la luminosidad que envolvía a la persona aquella desapareció por completo. Entonces comenzó a darse vuelta, hasta que ambos quedaron frente a frente mirándose.

Era un niño como de unos diez años, máximo doce, le pareció a él. Era delgado y alto, con el pelo claro y algo largo. Vestía ropas ajustadas, como un mono deportivo de licra de color gris. Parecía hecho de una sola pieza, desde el cuello hasta la punta de los pies, porque no se le veían botones ni un cierre ni nada. Tan solo le dejaba al descubierto las manos y la cabeza.

Aquel chico llevaba colgado algo metálico al cuello. Parecía un gran medallón con una figura geométrica. En la cintura, a un costado, pendía un bolso koala o algo similar, como esos que algunos deportistas usan para guardar la billetera, llaves y otras cosas.

—¡Hola!, yo me llamo Loren. ¿Quién eres tú? —Le preguntó entre extrañado y curioso.

El desconocido sonrió sin moverse del lugar. Con voz suave y reposada le respondió:

—Yo soy un pensamiento.

—¿Un pensamiento? ¿Y qué haces aquí?

—Viajo por el espacio recogiendo estrellas.

—¡Vaya! Así que tú coleccionas estrellas. ¡Qué bien! ¿Entonces tú viniste a llevarte la estrellita que acaba de caer? ¿No es cierto?

—Ninguna estrella ha caído aquí.

—¿Cómo que no? Yo la vi y he venido a buscarla.

—La luz que viste he sido yo en mi traslación hasta aquí. Es un fenómeno natural, que se produce al atravesar las capas atmosféricas a gran velocidad.

—¡Debe de ser bonito recoger estrellas! Yo siempre he querido volar por el espacio y agarrarlas, para ponerlas en mi dormitorio. ¿En dónde está tu nave espacial?

El desconocido puso una gran sonrisa y le respondió:

—Yo no uso naves.

Aquel niño como que se estaba burlando, pensó Loren. Porque él sabía muy bien que, para viajar por el espacio, había que tener un cohete o un platillo volador. No se podía viajar así nada más, en automóvil o en barco, ni siquiera a caballo. ¡Aunque sería muy bonito poder cabalgar por el cielo en un caballo volador, como Pegaso! Pero existía el peligro de que el animal pisara alguna estrellita, allí por donde había tantas juntas, y entonces se quebraría como una bombillita de luz.

Miró otra vez alrededor. ¿Sería que aquel chico tenía oculto algún otro artefacto extraño, para viajar por el espacio, y no se lo quería enseñar? Si no ocultaba ninguna nave allí, forzosamente tenía que haber llegado en un rayo transportador, desde alguna nave que orbitara en el espacio.

—¿Y cómo viajas tú entonces? —Preguntó Loren con algo de suspicacia.

—Con el pensamiento, simplemente. Ya te lo he dicho.

—¡Pero no se puede viajar solo pensándolo!

El niño aquel, que coleccionaba estrellas, hizo más amplia su sonrisa. A Loren le pareció que lo hacía casi de la misma forma que su papá, cuando él le preguntaba algo que a los adultos les hacía gracia o consideraban tonto.

—¿Acaso tú cuando sueñas, o simplemente cuando piensas en algún lugar, no te trasladas allí sin importar lo lejos que esté?

—¡Ah sí, claro!, pero eso es distinto, no confundas. El pensamiento sí viaja, pero yo no me muevo de donde estoy. En cambio tú estas aquí. Yo te veo.

—Bueno, en realidad ese es otro punto, porque yo realmente no estoy aquí, aunque tú puedas verme en esta forma física que he condensado —aclaró el coleccionista—. Yo soy tan sólo un pensamiento proyectado, como ya te dije, un pensamiento hecho forma, en una sustancia cónsona con el mundo en donde habré de estar temporalmente.

—¡No digas tonterías! Los pensamientos de otros no se ven ni hablan —dijo Loren.

—Si ello fuera como afirmas, niño —dijo el coleccionista de estrellas—, entonces tú eres un tonto, puesto que estás hablando conmigo en este instante. ¿O acaso crees que estás soñando?

—Estoy bien seguro de que no estoy soñando, al igual como sé que tú no pareces un pensamiento. ¡Hasta podría tocarte!

—En efecto, podrías tocarme, pues como te dije he tomado esta forma densa, que me permite relacionarme con el medio en que me encuentro ahora. Pero no por eso dejo de ser la condensación plasmática de un pensamiento

proyectado a gran distancia, aunque no precisamente uno como los que tú conoces, hasta ahora.

Sin decir más, dando por terminada aquella conversación, el coleccionista le dio la espalda ignorándolo. Caminó por la arena de la larga playa, mirando hacia todas partes con curiosidad. Loren lo siguió de cerca.

El extraño agarró del suelo un ramito de hojas. Lo acercó a su nariz oliéndolo.

Vio un cangrejo amarillo que salía de su agujero en la arena. Se agachó y lo acarició con un dedo. El animalito no se movió ni intentó morderlo con sus tenazas. Loren nunca se atrevía a hacer aquello, desde el día en que uno lo mordió en un dedo y lloró. Fue más por la sorpresa que por el dolor, pero lloró.

—Es simpático este animalito, con su forma de caminar de lado —dijo el coleccionista.

—Es un cangrejo —le aclaró Loren—. Yo tengo uno grande en mi casa. Bueno, tan solo tengo el caparazón. Pero tengo unas tortuguitas vivas dentro de una pecera, junto con lindos pececitos de colores. ¡Si quieres te puedo regalar alguna!

—Eso no será posible, pero gracias por tu gentileza.

—¿Y por qué no quieres las tortuguitas? ¿Prefieres un pececito de colores?

—No se trata de que no los quiera —dijo el coleccionista—. Es que no puedo llevarme nada vivo de otra estrella. Porque al encogerlas todo lo que es animal desaparece. También pasará lo mismo en esta estrella.

—No te entiendo. La Tierra no es una estrella. Mi hermano me dijo que es un planeta. Las estrellas tienen luz, como el sol —dijo Loren.

—Me expresaba en forma general. Yo no pensaba que tú supieras la diferencia. Las personas de este mundo, tú mismo, llamáis estrellas a las cosas que brillan arriba. Así pues, también tu planeta, aunque no brilla y no puede verse sino cuando refleja la luz del sol, no es más que otro punto que está «arriba», cuando es visto desde otros mundos. Por lo tanto, y generalizando, este planeta es tan solo una estrellita más.

—¿Y cuál es tu mundo?

—¿Mi mundo? Mi mundo comprende toda la galaxia.

—¿La galaxia? ¿Cómo va a ser? ¿Y hacia dónde queda?

—Hacia cualquier parte donde mires.

Definitivamente, aquel niño se estaba burlando de él, pensó Loren. Se ha de vivir en algún mundo que debe de quedar en alguna parte. A menos que el coleccionista fuera un explorador que vivía en alguna nave interplanetaria. Pero él le había afirmado que no tenía nave.

Loren se dio cuenta de que no estaba entendiendo nada de cuanto el coleccionista le decía. Sin embargo tenía interés por saber más.

—Dime una cosa, coleccionista ¿acaso no hay perros y gatos, pajaritos y caballos en tu mundo?

—De donde yo vengo no existe animal alguno.

—¿Pero entonces será un mundo aburridísimo!

—¿Y por qué habría de serlo? —Le preguntó el coleccionista en tono divertido—. Yo no conozco el aburrimiento, pues este no es más que una actitud mental. ¿Acaso a ti te aburren tus pensamientos? —Preguntó con una pícaro y a la vez divertida expresión en el rostro.

Loren se dijo que aquel desconocido hablaba tan extraño como él mismo era. Y no le parecía ya un niño, aunque

se asemejara mucho. No era como todos los demás niños que él conocía.

El coleccionista se desentendió nuevamente. Del bolso que llevaba a la cintura extrajo un pequeño objeto, con cierto parecido a un teléfono móvil o una calculadora, en la que se encendían luces de colores. Él se dedicó a pulsar botones mirando hacia un lado y hacia otro.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Loren curioso.

—Verifico cuánto polvo reductor necesitaré utilizar, para poder reducir de tamaño esta estrella.

—¿Reducirla de tamaño? ¿Vas a encogerla? ¡Pero si allá arriba, en el espacio, tienes muchísimas estrellas chiquitas! Míralas. No necesitas reducir esta para poder llevártela en el bolso.

El coleccionista sonrió nuevamente, pero en forma tan amplia y expresiva que, ahora sí, a Loren le pareció que acabara de hacer la pregunta más idiota del mundo, la más enorme de las chiquilladas. Como las que a veces le hacía su primita de tres años, que pronto cumpliría cuatro.

—Todas esas estrellas que tú ves allá arriba —dijo el coleccionista—, en realidad son tan grandes como este mundo tuyo. Algunas son muchísimas veces mayores. Si las ves así de pequeñitas es porque están muy, pero que muy lejos.

Loren se quedó sorprendido. Ahora resultaba que Ojitos era tan grande como la misma Tierra. ¡Entonces él nunca tendría la oportunidad de coleccionarla, como había pensado! No cabría en su cuarto ni en ninguna parte. Para colmo, aunque pudiera llegar hasta ella, siendo astronauta cuando fuera mayor, él no tenía la menor idea de cómo reducirla de tamaño.

—¿Cómo se reduce el tamaño de una estrella?

—Eso depende —respondió el coleccionista—. Existe una gran diferencia entre reducir una simple estrella deshabitada y otra que esté habitada, como el caso de la tuya. Estas son más difíciles, aunque también suelen ser las más bonitas, al final. Porque tienen árboles y toda clase de vegetación, ríos y cosas hermosas de la naturaleza.

—¿Pero cómo se reduce una estrella? —Insistió Loren.

Se le hacía evidente que aquel niño, coleccionista de estrellas, no tenía muchas ganas de decirle cómo hacer para encogerlas. Quizás estuviera pensando que si él llegaba a saberlo, podría coleccionar estrellas también y quitarle las más bonitas.

—¿Cómo se reduce una estrella? —Volvió a preguntar ante el silencio del otro.

—Bien, no tengo inconveniente alguno en decírtelo, aunque de poco te servirá saberlo. Si la estrella no está habitada es fácil, pues solo tengo que espolvorearla con una cierta cantidad del polvo cósmico reductor. Este, por efecto del propio magnetismo de la estrella, reacciona produciendo una poderosa energía que encoge las cosas. Pero si se trata de una estrella habitada, como en este caso, hay que hacer primero la prueba de la bondad. El trabajo lleva algo más de tiempo y cálculos, pues son estrellas que suelen tener una atmósfera a su alrededor, que está impregnada de los pensamientos de todos sus habitantes. Es por eso que el resultado final dependerá de los seres pensantes que allí habiten, en este caso los humanos.

—¿Cómo es eso? ¿Qué es la prueba de la bondad?

—Si en los corazones de la gente hay bondad la estrella no califica, no se puede hacer nada, no hay posibilidad de reducirla.

—¿Por qué? —Preguntó Loren.

—Porque la blanca energía que puede generar la pureza de un solo pensamiento, tan solo un pensamiento humano, por el bien de todos los demás seres, es mucho más poderosa que el polvo cósmico reductor. Pero si, por el contrario, entre las personas predominan los pensamientos malvados, estos producirán energías electromagnéticas de un carácter tal, que se sumarán a los efectos del polvo reductor. Lo potenciarán dándole más poder, con lo que la reducción será mayor y en forma poco predecible.

—No te entiendo, coleccionista —dijo Loren—. ¿Qué quieres decir con que será poco predecible?

—Verás. Las estrellas se encogen proporcionalmente a su tamaño. De manera que una como este mundo, que no es tan grande, por lo general debería de quedar del tamaño de un globo, poco mayor que un balón de fútbol. Sin embargo yo una vez reduje una de dimensiones parecidas a ésta, pero habitada por gentes de pensamientos tan malvados, que quedó del tamaño de una pelota de tenis.

—¿Y qué les pasa a las personas y animales? ¿También quedan chiquirrititos?

—Pues no es como tú crees. Al producirse el encogimiento de la estrella todos los seres vivos desaparecen, con excepción del reino vegetal, y solo quedan sus energías astrales.

—¿Pero entonces tú eres malo! ¡Matas a las personas y a los animales! ¡Tú acabas con los caballos, perros y gatos que no te han hecho nada malo!

—Tú estás equivocado, yo no le quito la vida a nadie. Aunque tú eres muy niño para comprender el pleno significado de esto.

—¡Vaya por Dios! Ya sacaste a relucir que soy un niño. Ya me parecía a mí que te tardabas. Tú estás hablando como los adultos.

El coleccionista sonrió. No hizo caso del comentario, pero le dijo:

—La palabra morir solo tiene sentido en los mundos en donde aún existe vida biológica. Dime tú a mí. ¿Qué hacen aquí con los caballos que se rompen una pata o con un perrito, un gato o cualquier otra mascota que tiene una enfermedad incurable y está sufriendo?

—Bueno, eso es muy distinto. Si no pueden curarse, para evitarles sufrimientos innecesarios los duermen, con una inyección que no les causa dolor y ya no despiertan. Se quedan dormiditos para siempre.

—Entonces yo no sería malo, como tú has dicho primero, sino bueno, puesto que evito dolor y sufrimientos.

—¡Pero tú piensas acabar con la gente y con los animales, sin que estén enfermos graves o muriéndose!

—No es así como yo lo veo. Escúchame con atención.

El coleccionista se sentó en la arena de la playa, con la vista perdida en lontananza, como quien está dispuesto a dar una gran explicación.

Hubo un breve silencio. La luna se encontraba en su cenit y la brisa soplaba ligera sobre un mar en calma. En el horizonte cruzaba el tenue resplandor de las luces de un buque; en la orilla rompían suaves olas, y todo lo que se podía oír era el relajante sonido del agua, arrastrándose sobre la arena en su constante flujo y reflujo. El coleccionista prosiguió diciendo:

—Lo que yo hago es acelerar un proceso natural que está sucediendo aquí. Según yo lo he podido ver por los

pensamientos que rodean a este mundo tuyo, la mayoría de las personas se han roto una pata, por así decirlo, o padecen males incurables. Muchos ya no caminan, algunos cojean y otros se arrastran.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo Loren con la frente arrugada.

—Cuando yo observé esta linda estrellita desde el espacio, pude verla rodeada de intensos colores rojos y negros entremezclados. Esos son los colores correspondientes a los malos pensamientos, que durante mucho tiempo se acumulan en las capas etéricas del planeta. Y pude sentir pensamientos de envidia, de guerra, de furor, de odio y también de angustias y padecimientos. El planeta se queja por esto, se sacude, tiembla y hay erupciones volcánicas, maremotos, desastres meteorológicos y cambios del clima. De seguir así, el propio hombre acabará destruyéndolo y destruyéndose junto con él.

—Bueno, mi hermano el marino está con un grupo que son de esos que se llaman eco..., ecolo... No recuerdo cómo es que se llaman, pero cuidan la naturaleza.

—Ecologistas.

—Sí, eso. Él dice algunas cosas de esas.

—Pues bien. Resulta que en el Universo todo se encuentra íntimamente relacionado. Por eso no podemos permitir que el planeta Tierra se destruya, pues se produciría en este sistema solar un desequilibrio no deseado. Mi trabajo, y el de otros como yo, es evitar que eso suceda. Por ello es que yo vengo para acelerar, de la mejor forma, este fin que se avecina. Pero que sea sin dolor para la humanidad. Llegado el proceso de reducción, todos dormirán y nadie se dará cuenta de lo que ocurre. De esa manera, con el sacrificio

del hombre y los animales, el planeta mismo, como cuerpo celeste, se salvará de la destrucción.

—¿Y qué pasará con este planeta después de que lo reduzcas?

—Se preservará intacto el evolucionado reino vegetal, que servirá para el inicio de un nuevo mundo. Algún día se revertirá el proceso, retornando este mundo a su tamaño natural para que pueda ser habitado otra vez, cuando otra humanidad más merecedora se encuentre lista en algún lugar.

¡Caramba, vaya con el coleccionista aquel! Ese extraño hablaba más bien como algunos adultos, pensó Loren rascándose la cabeza. El caso es que casi no entendía ni la mitad. Pero no podía decírselo. Y lo poco que entendía no le estaba gustando nada.

—¡Pero tú piensas acabar con todo los seres humanos y con los animales! —dijo con vehemencia.

—Como ya te he dicho, niño, no se puede decir que los seres vivientes «mueran», en el sentido de dejar de existir. Al reducir esta estrella solo perecerá lo que en ella tuvo su inicio, que en este caso son las formas biológicas; es decir, los cuerpos físicos. Pero la esencia de los seres, llámala pensamientos, energías, espíritus, almas o como tú quieras, lo que en realidad ellos son y siempre serán, eso no morirá. Según los méritos alcanzados, cada quien irá a uno de esos lugares que aquí llamáis cielo, infierno y purgatorio, por así decirles y seguir las ideas que tú conoces. ¿Entiendes, niño?

¡Oh, pues claro que él no entendía casi nada! En lo único en que pensaba era en cómo podría él, un simple niño, convencer al coleccionista de estrellas para que no redujera el tamaño de la Tierra. Porque lo único que tenía claro era que aquel extraño era un adulto, aunque pareciera un

niño. Y su experiencia era que, salvo raras excepciones, un niño no lograba entenderse con un adulto, a menos que fueran sus abuelos. Y aún así a veces era tarea difícil.

Le parecía que los mayores no lograban pensar en forma simple, sino que andaban enredados con asuntos de dinero, trabajo, política, religión, deportes, más trabajo y otras mil cosas. Para empeorarlo, ellos siempre creían tener la razón en todo. ¡Y sobraba decir lo ocupados que estaban!

De todos modos no era cosa de permitir que el coleccionista destruyera su mundo. Porque si todo se desintegraba no habría vida, de eso estaba seguro. Si tan siquiera la gente se redujera de tamaño también no habría problema. Seríamos como hormiguitas, pero podríamos seguir viendo la luna en las noches, oír los grillos cantando y los sapitos del jardín haciéndoles coro. Por cierto que, ahora que se daba cuenta, no se escuchaba nada. Era como si todos los animalitos e insectos se hubieran escondido asustados.

—¡Pero tú no puedes reducir la Tierra! —replicó al fin—. ¡Tú no puedes juzgar a todos los seres vivos! Porque los pajaritos no son malos, las mariposas tampoco. Ellas son lindas y tienen muchos colores. ¿Y los caballos qué? ¿Qué me dices tú de los caballos? ¡Ellos no tienen malos pensamientos, no piensan en negro ni en rojo ni nada de eso! Ellos te pueden llevar a todas las partes y no chocan con otros, como hacen los automóviles. ¡Tú no puedes destruir todo lo lindo!

—En eso tienes razón. —Le concedió el coleccionista—. Realmente yo no puedo destruir nada, carezco de tal poder y, de hecho, nadie lo tiene. Yo nada más puedo modificar la forma en que las cosas se manifiestan. Pero ocurre que, en esta estrella, todos los seres dominantes son precisamente

los humanos, como tú. Sois vosotros los únicos capaces de discernir entre el bien y el mal, y tomar uno u otro camino. ¿Me entiendes?

—No.

—Usando tu misma expresión, solo los humanos pueden ser los malos. Solo ellos tienen pensamientos negros. Los seres en la escala inferior de la evolución, como los animales, no cuentan en este caso, no pueden opinar ni decidir. Tampoco los vegetales.

—Los vegetales no dicen nada. Ellos no hablan ni piensan ni sienten.

—¿Estás seguro de eso? ¿Entonces tú no sabes que las plantas conforman un reino sumamente evolucionado? Ellas han superado la ambición. Ni siquiera la de trasladarse de un sitio a otro. Pero incluso así cubren la tierra. Si el hombre no interviniera para impedirlo, ellas llegarían a cubrir el mundo por entero.

—¡Pero también hay hombres buenos! —casi gritó Loren—. ¡También hay seres humanos lindos y bondadosos! ¡Mi primita es buena! A veces me rompe algún juguete y está algo malcriada y consentida, pero es buena. ¡Ella no le haría daño a un pajarito o a un caballo, ni siquiera a una mariposa!

El coleccionista de estrellas no aceptó tal defensa, puesto que replicó con prontitud:

—Sin embargo hay muchas personas que coleccionan esas mismas mariposas de que hablas, para lo cual las matan y atraviesan con alfileres, para colocarlas en cajas de vidrio a fin de exhibirlas. Siendo tan corto el tiempo de vida que ellas tienen, es un verdadero crimen el privarlas de su efímera, pero hermosa existencia. Y lo peor es la igno-

rancia que demuestran aquellos quienes, en su ceguera, no han llegado a entender que todo el universo tiembla con la muerte a destiempo de una sola mariposa.

—¿Cómo podría temblar el universo por que muera una mariposa? —preguntó Loren.

—Eso no es algo que tú necesites entender por ahora —dijo el coleccionista con una sonrisa—. También hay personas que tienen pájaros encerrados en jaulas. No logran sentir que lo único que esas aves quieren es aquello para lo que nacieron, que no es otra cosa que volar libremente, alimentándose de frutos e insectos, manteniendo el balance ecológico en la naturaleza. Ellas quieren recorrer el mundo y cantar su felicidad, sin el temor de que los hombres las cacen a tiros por la simple vanidad de demostrar la puntería, o que las encierren en una jaula sin otro motivo que satisfacer el sentido de posesión. ¿Acaso no son más bellos todos los seres vivos contemplados en su estado natural?



CAPÍTULO 3

Loren reflexionó unos momentos. Aquellas últimas frases dichas por el coleccionista le habían llegado muy hondo. Esta vez sí que entendía muy bien, porque él tenía un pajarito que le habían regalado en el cumpleaños pasado. Estaba encerrado en una jaula, que habían puesto en el parquecito detrás de la casa de los abuelos. Muchas veces él había sentido dolor de verlo encerrado y solitario, pero sabía que sus padres se enojarían si lo soltaba, y él no había querido contrariarlos.

Con estos pensamientos en mente él se puso en pié y salió corriendo, dejando tras sí al coleccionista sentado sobre la arena de la playa.

Tan rápido como pudo, Loren subió por el caminito de todos los días hasta que, jadeante, con el corazón galopando alocadamente dentro de su pecho, llegó junto a la jaula. Como cosa extraña, el jilguerito no estaba dormido sino que piaba inquieto. ¡Quizás presentía el peligro!

No lo pensó dos veces. En un arrebato de decisión abrió la jaula y agarró cuidadosamente al pajarillo. Le dio un beso de despedida y lo lanzó al aire, donde revoloteó unos momentos en un par de círculos, como orientándose, para luego dirigirse tierra adentro. El niño sabía que ellos no volaban de noche, pero esta se encontraba tan singularmente iluminada, que más bien se asemejaba a un atardecer o una madrugada.

—¿Por qué lo has soltado?

La pregunta fue hecha por el coleccionista, que apareció

a su lado como la propia materialización de un pensamiento, sobresaltándolo ligeramente.

—Para que se vaya —le respondió—. Yo no quiero ser culpable de que se muera aquí encerrado, pudiendo tener la oportunidad de volar muy lejos. Quizás él logre subir tan alto que se vaya al espacio y alcance otra estrella, que a ti no te guste y no tenga peligro de ser reducida de tamaño.

El coleccionista sonrió como si hubiera escuchado una tontería. Pero esta vez a Loren le pareció que aquella sonrisa dejaba ver una duda, quizás hasta un cierto temor. Podría ser la clase de temor que presenta la persona que, habiendo estado segura de obtener algo, siente que se le comienza a escapar. Y este detalle no le pasó desapercibido. Al fin y al cabo es propio de los niños entender sin necesidad de las palabras.

Esta idea lo reanimó un poco. Sin saber todavía cómo o por qué, pensó que quizás tenía alguna oportunidad de convencer al coleccionista de estrellas, para que se fuera, y así poder salvar a su querido planeta, su mundo.

Sí, porque era «su» mundo. Aunque hasta ahora tan solo se hubiera limitado a su pequeño apartamento en la ciudad, que era un planeta en miniatura; a su colegio y las cuatro clases diarias, las calles que recorría, el parque y aquel rincón de playa en la casa de sus abuelos. También su perro, su gato, la pecera y los caballos de su amigo el ganadero, que vivía algo más allá en su gran hacienda.

Pero él sabía que no todo era contaminación y autos que se destrozaban en un choque, aviones que se caen, trenes que descarrilaban, guerras, bombas o terrorismo.

Él sabía que hay muchos otros caballos que viven libres en otras partes del mundo. Sabía que hay personas tan po-

bres que no tenían ni una camisa, y que a pesar de todo eran felices porque no ambicionaban nada más. Eran personas que no pensaban en hacerle daño a nadie ni querían saber de guerras.

¡Sí, claro, por supuesto que también había hombres malos! ¡Algunos hasta raptaban niños! Pero él sabía que no todos los hombres eran asaltantes, ladrones y bandidos, como anunciaban en las noticias. ¿Acaso no había muchos otros buenos, para compensar, que rezaban, que predicaban el bien y que pedían el cese de las luchas? Eso también lo veía él en las noticias de la televisión. Ellos eran personas que querían a su mundo, pregonaban la paz y el amor de hermanos. Y hablaban de un dios único y todas las otras palabras que él no comprendía completamente, pero que sabía que significaban cosas hermosas. Palabras, incluso, como las que el mismo coleccionista decía.

Él no entendía la mayor parte de las cosas que ocurrían en el mundo. Pero sí entendía, perfectamente, que uno no podía hacerle daño a su propio hermano. Porque él, que tenía un hermano mayor, lo sabía muy bien. Entonces el coleccionista se equivocaba. Sus observaciones no podían estar bien. Porque tenían que haber muchos blancos pensamientos dando vueltas en el aire. Blancos como la nieve, blancos como las sábanas que su mamá tendía al sol. ¡Porque los pensamientos, de alguna forma, también podrían lavarse y tenderse al sol para blanquearlos! Al fin de cuentas, las personas cambiaban con el tiempo y sus pensamientos también.

Sentía angustia. Si el coleccionista se llevara a todos los que eran malos, él no tendría inconveniente. Pero no consideraba justo que quisiera acabar también con todos los

buenos. No podían pagar justos por pecadores, decía muchas veces su papá. No podían hacerse castigos colectivos, sin antes separar a los buenos de los malos, a los justos de los pecadores, cualquier cosa que eso significara.

Además todos podían ser corregidos si estaban equivocados, solo que para ello se necesitaba tiempo. Sí, tiempo para que los niños como él crecieran y, algún día futuro, pudieran entenderse con los adultos y hacerles comprender los motivos por los que debían de ser buenos.

Porque los adultos, aunque fueran algo malos, terminaban poniéndose viejitos y se volvían buenos. ¿Acaso sus abuelitos no eran los seres más buenos del mundo? ¿Ellos sí que debían de tener pensamientos blancos y puros! ¿Cómo era que el coleccionista no había visto aquellos pensamientos desde el espacio? ¿Sus aparatos tenían que estar fallando!

Pero, por otra parte, ¿cómo podría llegar él a ser viejecito? ¿Cómo podría él crecer para hacer que los adultos que aún no eran buenos del todo se portaran bien? ¿Cómo podría hacerlo él? No podría si aquel niño de la Galaxia, aquel coleccionista de estrellas, aquel pensamiento adulto que podía viajar por el espacio con forma de niño, iba a reducir de tamaño a la Tierra y exterminar a todos los seres vivos, sin discriminación alguna.

Mientras todos estos razonamientos se sucedían atropellándose en su cabeza, el coleccionista lo miraba fijamente. Su semblante, antes un poco burlón, se había ido tornando serio. Y hablando con lentitud le dijo:

—Loren, te digo que yo no había esperado encontrarme con persona alguna en esta solitaria playa, mucho menos a un niño que pudiera pensar de la forma como tú lo haces.

—¿Y cómo puedes tú saber lo que yo estoy pensando?

Hora sí que, nuevamente, el coleccionista sonrió y le respondió:

—¿Acaso tú ya no recuerdas que yo soy un pensamiento? ¿Y cómo crees que tus pensamientos podrían escapar y ocultarse a otro pensamiento?

—¡Ah, bueno! Si puedes saber lo que pienso nos ahorraremos muchas palabras, como dice mi abuelito. ¡Si en verdad tú eres un pensamiento lo serás negro, porque quieres destruir la Tierra! Tú has dicho que los deseos de destrucción son pensamientos negros. Entonces, si en tu mundo, en ese que dices que es toda la galaxia, todos son como tú, no me extrañaría que algún día pudiera pasar un coleccionista de estrellas que venga de otra parte, quiera reducirlo de tamaño y llevárselo a su casa o a su museo de estrellas.

Mientras Loren hablaba, una brillante y diáfana lágrima resbalaba por su mejilla derecha.



CAPÍTULO 4

Aquella lágrima no llegó a caer al suelo, como deben de hacer las lágrimas. Porque, cual si fuera atraída por un poderoso imán, saltó hacia el coleccionista de estrellas y se pegó sobre el medallón que él llevaba sobre el pecho. En un instante lo cubrió, tal cual una gota de aceite se extiende y cubre la superficie del agua.

El medallón comenzó a despedir un cierto brillo, muy tenue al principio, pero que poco a poco fue aumentando en intensidad, extendiéndose por todo el cuerpo del coleccionista. El aparato que él llevaba en la mano emitió una luz roja y sonó un pitido repetitivo, como una alarma.

—¡Muy bien! ¡Hasta que lo lograste! —dijo el coleccionista de estrellas en tono feliz.

—¿Qué es lo que yo he logrado? —preguntó Loren un poco asustado.

—Has logrado lo que con tanta intensidad tú deseaste en tu corazón. Yo ya no reduciré este mundo para llevármelo. Las condiciones han cambiado y el planeta pasa ahora la prueba de la bondad. Ya no está permitido tocarlo.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Te dije que tan solo los más blancos pensamientos, los más puros, tenían un poder superior al polvo cósmico reductor. Pero una lágrima de dolor humano, dolor interno por el mundo y por su humanidad; dolor de piedad por el prójimo, que no de interés personal por uno mismo; dolor de amor traducido en pureza cristalina, como tu lágrima, es la fuerza más poderosa del Universo, capaz de anular

cualquier otra fuerza contraria. Y no es necesario todo un llanto. Esa sola y única lágrima que tú has derramado, es un extracto del más puro y perfecto amor que cabe a nivel humano, ese amor que tan solo se puede sentir por los demás y no por uno mismo. Ahora yo estoy obligado a irme. Pero créeme que lo haré completamente feliz, por haber podido encontrar algo tan hermoso como tus pensamientos. Creo que, con algunos niños más como tú, esta estrellita aún tiene buenas esperanzas de reponerse.

En este punto de su disertación, ya el coleccionista se encontraba rodeado de tan resplandeciente brillo, que casi hacía imposible mirarlo directamente.

—Yo espero no haberte hecho daño —dijo Loren.

—No te preocupes, que en nada me has lastimado. Antes bien, me has fortalecido. Pero recuerda una cosa, porque con el paso del tiempo los hombres tienden a olvidar el verdadero origen de costumbres e historias. Algunas de las por ti llamadas estrellas fugaces pudieran no serlo, y tratarse de algún otro recolector de estrellas que, como yo, viene con la intención de evaluar este lindo planeta. Y si por cualquier circunstancia, al llegar a las capas atmosféricas externas él no llegase a encontrar pensamientos blancos, pensamientos de amor, aunque tan solo fuera uno, esta linda estrellita que es tu planeta podría ser reducida y preservada, y sus habitantes desaparecerían. ¿Entiendes?

—Sí.

—Por eso es tan importante que, cuando tú veas lo que parezca una estrella fugaz cruzar el cielo, te concentres y con toda la fuerza de tu ser interior generes un hermoso pensamiento y pidas un bello deseo. Pero no uno egoísta, para ti, sino por los necesitados, por toda la humanidad.

Porque de esa forma todos los buenos pensamientos que floten en el aire podrán irse uniendo y tomando fuerza, hasta llegar a dominarlo todo. ¿Lo recordarás?

—Sí.

—Ten presente siempre este momento, porque tú has tenido una prueba que poquísimos adultos hubieran pasado de manera tan satisfactoria. Pero mientras transcurra la vida, que no es otra cosa que una secuencia de aprendizajes, las pruebas serán para ti más seguidas y más fuertes en cada ocasión. Muy joven es tu ser biológico, pero tu Yo Interior es tan anciano como la misma Creación.

—¿Qué es el Yo Interior?

Era inútil toda pregunta. El coleccionista de estrellas se fue volviendo translúcido y se elevó lentamente, flotando en el aire. Poco a poco adquirió más rapidez y mayor resplandor en su ascensión hacia el cielo, hasta alcanzar una enorme velocidad. Pronto ya no fue más que una pequeña lágrima intensamente luminosa, que se alejaba dejando tras de sí una estela de diminutas partículas luminiscentes, que poco a poco iban desapareciendo.

—¡Loren! ¡Loren! ¡Lorentino! —llamaron a sus espaldas—. ¡Ah, estás ahí! Te he estado buscando por todos lados.

Él no pareció escuchar a su abuelo, de tan absorto que estaba mirando hacia el cielo. Su abuelo, siguiendo la trayectoria de su mirada, alcanzó a ver por un instante la luminosidad que cruzaba el espacio a enorme velocidad.

—Es una linda estrella fugaz —dijo.

—Sí, ya va subiendo —comentó él de forma mecánica.

—Querido, las estrellas fugaces no suben, ellas caen del cielo. A menos que te estés refiriendo a que esa va en dirección hacia el norte.

Su abuelo puntualizó aquello con esa sonrisa que siempre ponen los adultos, cuando aclaran a los niños algo obvio.

—Sí, claro abuelito, tienes razón. Las estrellas fugaces solamente caen —concedió él.

—¿Ya pediste tu deseo?

—Sí abuelito, ya lo pedí.

—Entonces vamos a dormir. La fiesta ya terminó y te siento algo fatigado. Todos tus primitos, como buenos niños que son, se han acostado y es muy tarde para que tú estés levantado. Además la noche se está poniendo algo fría.

—Abuelito, ¿si todos los niños están acostados y dormidos desde temprano, cómo podrían hacer para tener lindos deseos al ver una estrella fugaz? Ni siquiera la podrán ver, porque todas se aprecian solamente de noche.

Fue claro que tal pregunta no era esperada, porque su abuelo quedó un tanto confuso. Pero no duró mucho su confusión, puesto que, al fin y al cabo, los adultos parecen ser cortos de imaginación en comparación con los niños. Aunque son rápidos para ingeniárselas a volver al mismo tema que conocen, y en el que se sienten seguros.

—Los niños buenos deben dormirse temprano, para que crezcan rápido y sean grandes; así, luego podrán quedarse en las noches, si quieren, esperando a que caigan las estrellas fugaces para pedirles algún lindo deseo para sus hijos y nietos.



Final

Por primera vez en varias horas, Loren sonrió al recordar aquellas palabras. No contó nada a su abuelo, mucho menos a sus padres. Estaba convencido de que no le creerían. Los adultos parecían no entender que los niños pudieran ver cosas que ellos no podían. Todo lo achacaban a la imaginación infantil, y a su gusto por inventarse historias fantásticas y amigos imaginarios.

Mejor así, dijo para sus adentros. No diría nada. Algún día, cuando él creciera, quizás tendría la oportunidad de contárselo a sus hijos y luego a sus nietos.

Por los momentos él no tendría otro remedio que acostarse. A ver si, a lo peor, crecía tanto como su amigo Felipe y luego no cabía en la cama. Aunque bien pensado, hasta sería bueno. En ese caso podría quedarse toda la noche acostado en la hamaca, o en el gran sofá del salón que daba a la terraza. Desde allí se podía ver el cielo nocturno y vigilar las estrellas fugaces.

El aire que entraba por la ventana se puso más fresco y él se dio cuenta de que tenía frío. Había tantas cosas que no pudo entenderle al coleccionista de estrellas, que mejor pensaba en ellas, pero bien arropado en la cama.

Lo malo era que si las piernas le crecían mucho por dormir, no podría montar el lindo poni que su amigo el ganadero le dejaba, pues le llegarían al suelo; tendría que montar un caballo más alto y le daba miedo caerse.



De todos modos, si él soñaba cosas lindas sería lo mismo que pensamientos blancos, y ningún bobo coleccionista de estrellas podría nunca llevarse su hermoso mundo.

¿Cómo se hace para poder soñar con lo que se quiere?



